

DOMINGO II TIEMPO ORDINARIO, CICLO C

JESÚS COMENZÓ SUS SIGNOS

Por Alfonso Martínez Sanz

Lecturas: Isaías 62, 1-5; I Corintios 12, 4-11; Juan 2, 1-12



1. El pasado domingo terminaba el tiempo gozoso y santo de la Navidad. Estamos viviendo ya el tiempo litúrgico llamado **ordinario**, dentro del Año Jubilar de la Misericordia. Mirando a Cristo en su actuar apostólico, el tiempo ordinario es una llamada a santificar la vida corriente y ordinaria de cada jornada. En medio de esas jornadas totalmente corrientes y aparentemente rutinarias, el Señor espera de nosotros esfuerzo y amor para hacerlo todo lo mejor que podamos para gloria de Dios y bien de nuestro prójimo.

Para ser santos, siendo fieles a los compromisos de nuestro bautismo, no es necesario realizar cosas especiales o extraordinarias. El bautizado, esté donde esté, si lo que está haciendo es honesto, lo intenta hacer bien, y pone amor en ello, se está santificando. En la cátedra o en la cocina, en el quirófano o en el tractor, en un puesto del mercado o en un gabinete de psicología, el cristiano está llamado a ser santo y tiene el deber de procurarlo siempre contando, por supuesto, con la gracia de Dios.

2. Jesús, de quien el Padre dijo en el Jordán **Tú eres mi Hijo, el amado, el predilecto**, después de ser bautizado, empezó a predicar, invitando a la conversión: **convertíos y creed el Evangelio. Se acerca el Reino de Dios**. A implantar el Reino de Dios en la tierra había venido por amor a los hombres. Y a esto se dedicó, especialmente en los tres últimos años de su vida. Predicar, anunciando el Reino, era como una pasión que le impulsaba a comunicar la verdad que salva, el camino que conduce al cielo, y el amor infinito y misericordioso que Dios tiene siempre al hombre. Él era **el Camino, la Verdad y la Vida** y, por eso, sus palabras siempre eran palabras de verdad, y camino que conduce a la vida eterna.

Pero Jesús acompañó su predicación de signos y milagros, los cuales confirmaban su veracidad y constituían la prueba de que Él no era simplemente un gran profeta, sino **el Hijo de Dios**, Dios igual que el Padre y que el Espíritu Santo. En el evangelio de este domingo, hemos proclamado el primer milagro realizado por Él a petición de su Madre. Con él, dice el texto evangélico, **comenzó sus signos, manifestó su gloria y creció la fe de sus discípulos en Él**.

En las bodas de Caná, hubo una nueva epifanía, una nueva manifestación de que Jesús era el salvador de los hombres. Epifanía de la misma naturaleza que la habida cuando los Reyes Magos, y también que la que tuvo lugar en el río Jordán.

3. Puestos a sacar conclusiones personales, o a aprender lecciones que se hagan vida, podríamos reflexionar sobre dos frases que hemos escuchado: **creció la fe sus discípulos en Él**. Y esta otra, invitación hecha por la Virgen a los criados: **haced lo que Él os diga**.

Los apóstoles ciertamente creían en el Maestro. Su fe, sin embargo, no era total al principio, era más bien débil. El milagro que acababan de ver, la conversión que hizo Jesús del agua en vino bueno, acrecentó su fe en Él. También nosotros, hijos de Dios por el bautismo, creemos en Cristo. Si no creyéramos, no estaríamos aquí y ahora. Pero nuestra fe es pequeña, ha de crecer. Un gran objetivo del Año Santo de la Misericordia ha de ser creer con una mayor firmeza en el amor infinito, tierno y misericordioso de Dios hacia cada uno de nosotros, dejándonos inundar de esa misericordia en la recepción frecuente del sacramento de la Penitencia o confesión. Quizá nos ayude también el decir con frecuencia y confianza esta jaculatoria: **¡Señor, auméntame la fe en tu gran amor misericordioso!**

4. Nuestra fe aumentará, sin lugar a duda, si seguimos el consejo de la Virgen: **haced lo que Él os diga**. Cuando la fe es firme y coherente, el cristiano mantiene una lucha ascética continua por cumplir la voluntad de Cristo, que no es otra que la voluntad del Padre. En ese cumplimiento de la voluntad de Dios, aun en los deberes más pequeños, está la propia santidad, a la que todo bautizado está llamado y como fruto de la fe bien vivida.

Recorriendo el Evangelio predicado por Cristo en su vida pública nos encontramos con que Él, entre otras cosas, nos invita a **convertirnos**. Si queremos ser buenos seguidores de Cristo, hemos de estar en actitud permanente de conversión, rectificando por la contrición y por el sacramento de la confesión todo lo que de Él nos haya apartado. Así también nos invita a que nos **amemos los unos a los otros**. El que de verdad ama a Cristo, ama de verdad a su prójimo, próximo o lejano, agradable o descortés, pariente o vecino, amigo o de mirada retorcida. El discípulo de Jesús siempre siembra amor por donde pasa. E igualmente nos hace esta invitación: **que seáis uno como el Padre y yo somos uno**. Romper la unidad en la familia, en la comunidad parroquial o en la Iglesia es un pecado y un escándalo. Ante la semana de oración por la unión de los cristianos, que vamos a vivir, saquemos hoy el propósito de rezar por la unidad de todos los que creemos en Cristo, y el de ser instrumento de unidad en todo momento, particularmente, en el ámbito de la familia de sangre y en la familia parroquial.

5. Ponemos nuestros compromisos en manos de la Virgen, Madre de Misericordia, que, como ocurrió en las bodas de Caná, intercederá por nosotros.